

espantosa... ¿Pero á qué conduce ese cateo nocturno en una *hacienda* arruinada?

—Esa hacienda oculta, segun parece, mas de un huésped peligroso. Escúchenme vdes.; nosotros no aborrecemos á los *salteadores*: es preciso que todo el mundo subsista; pero hay dos clases de hombres á quienes deben respetar los ladrones, á los sacerdotes y á los militares. Hace algunos dias han tenido la audacia de robar, muy cerca de este punto, á su excelencia el gobernador de Guadalupe, que iba en compañía de su capellan: esto era profanar á la vez lo mas respetable que existe.

—¿Y se sabe quién ha cometido ese sacrilegio? preguntó el veterano.

—¿Quién ha de ser, sino ese endiablado de Albino Conde?

—¡Albino Conde! ¿el hijo del famoso guerrillero que prestó tantos servicios en la guerra de independencia?

—El mismo. Uno de los hombres de la escolta del gobernador lo reconoció á pesar de su disfraz, y á él es al que tengo orden de cojer vivo ó muerto en la hacienda del Salto. Pero he creído prudente ocultar á mis soldados el objeto de nuestra expedición, porque yo sé por expe-

riencia que Albino tiene amigos por todas partes.

—¿Y creen encontrarlo en la hacienda del Salto?

—Vd. sabe muy bien que allí era donde se refugiaba su padre cuando no era mas que contrabandista, y aquí, para entre nosotros, diré á vdes. que me han prometido la charretera de alférez por la cabeza del bandido.

—Cuidado, señor *cabo*, dijo el extranjero que hacia algunos momentos permanecía pensativo, cuidado; yo que les hablo á vdes., he visto cosas muy extrañas en la *Barranca*, y líbreme Dios de tener que buscar un lecho en aquellas ruinas, cuando arrecia el viento de la media noche en el llano, y alumbra la luna la cruz del *matado* en el fondo de la barranca. Vdes. no son mas que seis, y para esa expedición me parecen pocos....

—Pues qué, ¿es verdad todo lo que refieren? preguntó el *cabo* espantado.

—¡Sin contar lo que nadie ha vuelto á decir!

—¡Diablo! yo deseo mucho volver á referir lo que haya visto, y no haré alto con mis soldados, sino á la entrada de la barranca, bastante lejos de los muertos para no temerlos, y muy cerca de los vivos, si

los hay allí, para cortarles la retirada. Toda la dificultad consiste en pasar esta noche sin novedad, porque mañana temprano deben reunirse otros destacamentos en aquel maldito lugar; pero ya se hace tarde, y tenemos que andar mucho. Adios, mi capitán.

Y el dragon vació el último vaso de *mescal*, en seguida apretó la mano del veterano y salió precipitadamente. Un momento despues, los ecos silenciosos del llano de Calderon se despertaban al ruido que hacian galopando los caballos. El extranjero que habia quedado solo conmigo, no pareció cuidarse mucho de la cena, ni de mi compañía, porque no tardó en tomar su *zarape* y colocarse en el umbral de la cabaña, desde donde pareció seguir con la vista á los seis dragones que caminaban por el llano; y apenas los perdió de vista, cuando se lanzó á su caballo y partió, sin volver siquiera la cabeza al punto donde yo estaba.

La conversacion que acababa yo de escuchar no dejaba de causarme alguna inquietud, lo confieso, y reflexionaba que hubiera sido mucho mas prudente, tal vez, no elejir para pasar la noche, una posada tan inmediata al cuartel general de un *salteador*, tristemente famoso. Yo me ha-

llaba, por otra parte, bajo la penosa impresion de una de esas horas de silencio y aislamiento que siempre que se presentan en la jornada de un viajero, conducen su pensamiento hácia la patria ausente. Los confusos rumores de la noche comenzaban á escucharse en el llano. Los chillidos de los grillos, ocultos entre las yerbas secas, llegaban hasta mis oidos, mezclados con los ladridos de algunos perros, lúgubramente repetidos por los ecos de aquellas soledades. El dueño de la cabaña y mi criado se hallaban ocupados fuera de ella; las tinieblas aumentaban á mi alrededor, y con cierto placer, como una distraccion á mis penosos pensamientos, ví llegar á la muger del propietario de la casa, atraida sin duda por el humo de sus guisados, que parecian estar ya en buen estado.

—Cuando vd. quiera cenar, me dijo, ya está todo dispuesto.

—Al instante, contesté, si vd. gusta.

La *ventera* extendió en la mesa un mantel largo y angosto, y tan sucio, que atestiguaba á primera vista sus largos servicios. Era segun el uso de *tierra adentro*, una tela de algodón adornada en su extremidad con perfilados y flecos, mezclados con abalorios. La *ventera* puso en la

mesa dos platos, uno para mí y otro para mi criado.

—Somos tres, le dije, se le ha olvidado á vd. un plato.

—¿Tres? me preguntó, ¿quién es el otro?

—Ese caballero con unos bigotes muy largos que se hallaba aquí hace cosa de media hora.

—Ha marchado sin esperar la cena, y no ha vuelto. Despues de todo, no hay para que quejarse, supuesto que tendrá vd. doble racion.

Mi criado entró en aquel momento, y yo me senté á la mesa de muy mal humor: la cena me pareció detestable. Todos mis esfuerzos para obtener del propietario ó de su muger algunos informes sobre la *Barranca del Salto*, no produjeron mas que esta invariable respuesta: *Dicen que allí espantan*. Despues de una cena tan triste y de un dia de tanta fatiga, tenia mucho sueño y necesidad de dormir. Eran cerca de las doce de la noche, y dormia yo hacia cosa de media hora, recostado sobre mi *zarape*, en el banco de encino que me habia servido de silla, cuando un ruido de pasos y la fresca brisa de la noche, penetrando por la puerta entreabierta, me despertaron súbitamente. Un individuo acababa de de-

tenerse delante del *jucal*; echó pié á tierra, y entró en el cuarto que me servia de recámara. Al momento lo reconocí.

—¿Qué todo el mundo duerme aquí? me preguntó bruscamente: ¿quedó algo de la cena?

—Todo el mundo duerme, respondí, y temo mucho que mi criado haya consumido su cena y la de vd.

—¡Poco importa! cené en otra parte tan mal como lo habria hecho aquí: lo que busco es un abrigo, en primer lugar, y una persona bastante bondadosa que no me niegue un servicio.

—En cuanto al hombre, se halla en presencia de vd.; pero en cambio me debe vd. una relacion de la batalla de Calderon. ¿Lo habia vd. olvidado?

—No, ciertamente; y mañana platicarémos; pero permítame ante todo que vaya á acomodar mi caballo.

Y el veterano, sin aguardar mi respuesta, se dirigió á la caballeriza. Algunos momentos despues volvió á acostarse al pié del banco, en el que en vano trataba de dormirme. ¡Llevará vd. á mal, me preguntó, que afirmé delante de vd. que he estado en esta *posada* desde las seis de la tarde, y que no me he movido de ella?

Reflexioné un momento. ¿Será preciso que yo mismo lo afirme?

—No, su papel de vd. se limitará á no decir cosa alguna; yo solo mentiré si es absolutamente preciso.

—Concedido, señor D....

—Ruperto Castaños, contestó con énfasis el extranjero, ex-capitan de *guerrilleros*....

Esta respuesta dió término á nuestra conversación. El capitan Ruperto ronca antes que yo hubiese vuelto á dormirle; él fué quien me despertó á las cuatro de la mañana, y me propuso que fuésemos á dar una vuelta por el llano, entre tanto ensillaban nuestros caballos. Cuando salimos del *jacal*, el capitan me condujo hácia el torrente.—Coloquémonos en el puente, me dijo; desde allí dominaremos el campo de batalla; pero, *¡con mil diablos!* yo no sé como describirle á vd. el combate que se verificó en este lugar hace cosa de treinta años. El humo de la artillería y el polvo formaban una niebla que me rodeaba por todas partes; le indicaré á vd. los puntos que ocupaban mis valientes compañeros. El puente de Calderon tiene á su frente, y á su lado izquierdo, dos colinas prolongadas y muy escarpadas que dominan el llano; el ca-

mino real de Guadalajara atraviesa el puente, porque el rio que corre bajo el arco, entre dos orillas cortadas á pico, no presenta un solo punto vadeable.

A estas palabras del capitan signió un momento de silencio; mis ojos se dirigieron sucesivamente al puente, á las colinas y al rio. Mire vd., añadió Castaños, designando una de las colinas que están al frente del puente, en aquella altura se hallaba situada la vispera de la batalla una batería de sesenta y siete caños de todos calibres; en la colina de la izquierda, doce piezas de artillería; otras siete á poca distancia, en el lugar donde el montículo de la izquierda forma una prominencia ó tercera colina; por todas ochenta y seis piezas, con las que podian destruirse, con una sola descarga, los seis mil hombres del general Calleja. Pues bien: las flechas de los indios hicieron aquel dia mas que nuestras tres baterías. ¿Creería vd. que las cureñas estaban construidas de tal manera, que las bocas de las piezas no podian inclinarse, y que desde aquella altura las balas pasaban forzosamente sobre el enemigo? La fatalidad, como vd. ve, nos perseguía, porque las disposiciones generales parecian haberse tomado perfectamente: no faltaban mas que bue-

nas armas. El general Torres estaba allí, al pié de la colina, en frente del puente; D. Juan Aldama en la de la izquierda; Abasolo mandaba quince mil hombres, y aun me parece verlo galopando al frente de su tropa; Allende se encontraba en todas partes, como general en jefe; y desde aquella eminencia que se ve allá abajo, Hidalgo de pie, con la cabeza desnuda, dominaba el cuerpo de reserva diseminado en todo el llano. Yo me hallaba con mis doscientos cincuenta hombres muy cerca de Allende. Ahora fórmese vd. una idea de cien mil hombres mal armados, ó sin mas armas que flechas, hondas, malos fusiles, y puñales colocados en el extremo de un garrote, á excepcion de algunos millares de soldados que Allende habia disciplinado, cien mil hombres rezando el Rosario ó entonando cánticos; en seguida, el dia de la batalla, un ruido ensordecedor, una nube de humo que se extendia por todas partes, y sabrá vd. tanto como yo de esa gran batalla, á la que sin embargo asistí.

Me contenté con estas explicaciones imperfectas; porque en aquel instante se hallaba excitada mi curiosidad, y deseaba oír al *guerrillero* referirme la leyenda

de la *Barranca del Salto*, y por lo mismo le manifesté mis deseos.

—Si de Guadalajara, adonde voy á acompañar á vd., me contestó, va vd. á Tepic, y de allí hasta San Blas....

—Ese es precisamente mi itinerario, interrumpí.

—Tanto mejor, *caramba*, tanto mejor, caminaréme juntos; además, tengo muy poderosos motivos para acompañar á vd., añadió D. Ruperto; tal vez se los comunicaré á vd. algun dia, y le juro que es una historia muy interesante la que ha precedido á mi encuentro con vd. Entretanto, si le parecen á vd. otras relaciones dignas de atención, pongo todos mis recuerdos á su disposición. He combatido al lado del padre Hidalgo, de Abasolo, de Aldama y de Allende; he vivaqueado, dispuesto emboscadas con Torres, Sotomayor, García, Osorio, Montaña, y otros muchos. Le haré á vd. un retrato al natural de esos héroes extraordinarios; le referiré á vd. hazañas originales, pintorescas aventuras que se han verificado en los bosques, en los llanos y en las playas del Océano Pacífico. ¿Le conviene á vd. todo esto?

—¡Pues no me ha de convenir! exclamó.

mé yo encantado con aquella buena é inesperada fortuna.

Apareció el sol; era el momento oportuno para ponerse en camino. Volvimos á la *venta* y encontramos nuestros caballos ensillados y enfrenados; la *ventera* nos sirvió una taza de chocolate, que debía ayudarnos á esperar con paciencia un desayuno mas sustancial, puesto que Guadalajara no se halla mas que á diez leguas del puente de Calderon. Concluido nuestro ligero desayuno, montamos á caballo y partimos.

Cabalgábamos hacia cosa de media hora, cuando fuimos alcanzados por una reunion de *ginetes*. Eran los dragones y el *cabo* que habiamos visto en la *venta* de Calderon.

—¿Qué hay *cabo*? preguntó D. Ruperto; ¿trae vd. en la bolsa su charretera de *alférez*?

—¡El diablo es el hombre! exclamó tristemente el *cabo*. En vano registramos esta mañana la *hacienda* y la *Barranca del Salto*.

—Pero ¿por qué no fueron vdes. por la noche? preguntó D. Ruperto; habrian, sin duda, encontrado lo que deseaban.

—Tal vez habria yo hallado lo que no

buscaba; ademas, ninguno de mis soldados se hubiera atrevido á penetrar.

—Este caballero y yo, prosiguió Castaños, despues de haber cenado en la *venta*, en donde vd. nos dejó antes de acostarnos, despues de un dia de viaje, rezamos porque lograra vd. sus deseos.

Castaños mentia desvergonzadamente. Segun lo que habiamos convenido, no lo contradije.

—Aquí para entre nosotros, prosiguió el *cabo*, yo sé poco mas ó menos en dónde está ahora ese amigo. Vamos á cercar el pueblo de Zopotlanejo, en donde, segun dicen, corteja á una preciosa *china*. Allí es donde espero encontrarlo y ganar mi charretera de subteniente. No creo que lleve á mal que lo obligue á contribuir á mis ascensos. Lo conozco, y entre amigos, debe uno servirse mutuamente.

—Los amigos, dijo Ruperto, se ayudan como pueden.

El *cabo* y sus cinco hombres se alejaron en direccion del pueblo de Zopotlanejo.

—¿Qué, ese Albinó es un bandido muy formidable? pregunté al capitán.

—No: le gusta vivir sin trabajar.

—¿Y qué clase de aspecto tiene? ¿Lo conoce vd?

—Su figura no es simpática, es verdad.

Tiene una fisonomía repugnante y feroz; es chaparro y mal formado.

—Entonces corre mucho riesgo de no ser muy bien recibido por la preciosa *china*.

En aquel momento, un jóven cuyo traje y maneras anunciaban un caballero, apareció en el camino que seguíamos; iba montado en un magnífico caballo bayo, y parecía deseoso de alcanzarnos. El capitán Castaños conservaba sin duda una estrecha amistad con aquel individuo, porque apenas se encontraron en frente uno del otro, cuando cambiaron un cordial apretón de mano. El nuevo compañero era alto, esbelto, y tenía una figura muy simpática.

—Me alegro que hayas llegado, sobrino; seguiremos juntos nuestro camino, porque el señor es mi amigo, y no debemos tener secretos para él.

El jóven nos saludó con política, hizo dar media vuelta á su caballo, y seguimos juntos nuestro camino hácia Guadalajara. Por corto que fuese nuestro viaje, no debía terminar sin otro encuentro, porque á cosa de una legua de la ciudad fuimos alcanzados por un hombre que tenía toda la apariencia de un pícaro y un rostro patibulario.

—¿Me permite vd., tío? dijo el jóven, deteniéndose para hablar con aquel sospechoso personaje.

—Haz lo que gustes, contestó el capitán.

Algunos momentos despues nos alcanzó el jóven, y guardando silencio, comenzó á trotar á nuestro lado. Dos veces, antes de llegar á Guadalajara, el sobrino del veterano habló en voz baja con algunos hombres que la casualidad conducía sin duda á nuestro encuentro, y cuyas fisonomías y trajes me parecían más que equívocos. Evité, sin embargo, demostrar la menor desconfianza al capitán Castaños, y éramos los mejores amigos del mundo cuando entramos juntos en la ciudad de Guadalajara.

## CAPITULO II.

### GUADALAJARA.

Guadalajara es la capital del Estado de Jalisco. Colocada en los límites de la *tierra fria* y de la *tierra caliente*, la ciudad participa del aspecto de las dos zonas en que se divide México. Bajo un cielo